

aliados; todos los musulmanes en estado de llevar las armas en Egipto, en Siria y en la Mesopotamia, fueron llamados á la guerra sagrada. Después de hechos todos estos preparativos, el sultán salió de Damasco en el mes de marzo de 1187 para proteger la caravana que se dirigía desde el norte de la Siria á la Meca y Medina, y atravesando la Arabia Petrea, pasó á sitiar con todo su ejército, á Reinaldo de Chatillón en Carac.

Mientras que el sitio se proseguía con vigor, una parte de la caballería musulmana, bajo las órdenes de Afdal, hijo de Saladino, pasó el Jordán y avanzó hasta la Galilea. Cuando se aproximó á Nazareth, todos los pueblos de la campaña, acudieron á la ciudad gritando: «¡He ahí los turcos! ¡He ahí los turcos!» Los pregoneros recorrían toda la ciudad, repitiendo en alta voz: «¡Hombres de Nazareth!, armaos para defender la ciudad del verdadero Nazareno.» Los templarios y los hospitalarios que pudieron enterarse del peligro que corría la ciudad, acudieron con sus armas al lugar del combate. Se reunieron de esta manera ciento treinta caballeros, á los que se juntaron tres ó cuatrocientos hombres de infantería. Esta intrépida tropa no vaciló en partir hacia los caballeros turcos, cuyo número ascendía á siete mil. Los soldados de la cruz fueron los primeros que se precipitaron sobre el enemigo. Las crónicas contemporáneas, celebrando la bravura de los caballeros cristianos, han referido prodigios; ellas explican sobre todo la gloriosa muerte de Jaime de Maille, mariscal del temple. Este esforzado defensor de Cristo, montado sobre un caballo blanco, quedó solo combatiendo en medio de montones de cadáveres. Aun cuando fué atacado por todas partes no quiso rendirse. El caballo que él montaba, rendido de cansancio, se cayó arrastrándole como era consiguiente. Al momento el intrépido guerrero se levanta, y con la lanza en la mano, cubierto de sangre y de polvo, y lleno de flechazos, se precipita á las filas enemigas; pero cae acribillado de heridas, y todavía quiere combatir. Los musulmanes le tomaron por San Jorge que los cristianos creían ver descender del cielo en medio de sus batallas. Después de su muerte, los turcos, «los hijos de Babilonia y Sodoma», se acercaron con respeto á contemplar el cadáver de aquel acardenalado por mil heridas; enjugaban su sangre, se repartían los pedazos de sus vestidos, los restos de sus armas, y en su brutal ceguedad atestiguaban su admiración con actos que el pudor no puede revelar.

El gran Maestre del Temple y dos de sus caballeros escaparon de tan terrible matanza; todos los cristianos estaban profundamente

afligidos. El rey de Jerusalén que tenía el proyecto de hacer la guerra al conde de Trípoli, no pensó más que en acercarse á él sintiendo la necesidad de obrar por sus consejos; por otra parte, Raimundo juró olvidar sus propias injurias, y dirigióse á Jerusalén. Guido de Lusiñán le recibió con marcadas señales de afecto. Los dos príncipes se abrazaron á vista de todo el pueblo, prometiendo pelear juntos hasta la muerte, por la herencia de Jesucristo.

Cada día recibía nuevos refuerzos el ejército de Saladino. El sultán prometía ya los despojos de los cristianos á las familias musulmanas echadas de la Palestina, distribuyendo las ciudades y las tierras á los más valientes de sus emires, el califa de Bagdad, y todos los fieles que reconocían su espiritual imperio, desde el Korasán hasta las orillas del Nilo, dirigían súplicas al cielo por sus ejércitos y por la conquista de Jerusalén. Hacia los primeros días de junio, Saladino atravesó el río y llegó hasta Tiberiada, con un ejército de ochenta mil hombres.

Guido de Lusiñán, el conde de Trípoli y los principales barones, se habían reunido en Jerusalén para deliberar sobre los peligros del reino. Decretóse que todas las fuerzas de los cristianos se reunirían para acudir á los puntos amenazados. Resolvióse también en esta junta, que se emplearían en defensa de la Tierra Santa los tesoros que el rey Enrique II había mandado á Jerusalén, y que estaban guardados en la casa del Temple; decidióse además en el consejo de los barones, que las armas de Inglaterra figurarían en las banderas de los ejércitos cristianos: no se olvidó ciertamente el leño de la verdadera cruz, que aparecía siempre en los grandes peligros. El señal de salvación fué llevado en procesión fuera de la ciudad y entregado por el patriarca á los obispos encargados de llevarlo en los combates. Los más tristes presagios acompañaron á esta ceremonia, y muchos creían después de ciertas predicciones, que la verdadera cruz no entraría jamás en Jerusalén.

Todos los hombres en estado de llevar las armas se habían reunido en la llanura de Sefhourí. Las fortalezas del reino estaban sin guarnición, y en las ciudades sólo se veían mujeres y niños. El príncipe de Antioquía había enviado al ejército cristiano cincuenta caballeros, mandados por su hijo; habían llegado al mismo tiempo guerreros de todos los condados de Trípoli. Los peregrinos que se encontraban entonces en la Tierra Santa, y las tripulaciones de los navíos cristianos llegados del Occidente, habían acudido para defender la tierra de Jesucristo. El ejército se componía de más de cincuenta mil combatientes. Pronto se supo que Saladino había entrado en Tiberiada y que

los musulmanes sitiaban la ciudadela en la que se había refugiado la mujer del conde de Trípoli. Se reunió un gran consejo para saber si debía irse al socorro de la ciudad que estaba en poder de los infieles. Todos los jefes emitieron su opinión. Cuando tocó hablar á Raimundo se expresó en estos términos:

«Tiberiada es mi ciudad; mi mujer está dentro de la ciudadela, nadie pues tiene más que perder en este negocio que yo, y nadie está más interesado en socorrer á Tiberiada y á los que la habitan. Desgraciados de nosotros, sin embargo, si llevamos esta multitud de hombres y de caballos á estos áridos desiertos, en donde serán devorados por el hambre, por la sed y por el rigor de la estación. Vosotros no ignoráis, que en el lugar donde presente estamos, nuestro ejército puede apenas aguantar los rayos de un sol abrasador, y que si no fuese por las aguas que tenemos cerca ya hubiera aquél perecido; por otra parte, vosotros sabéis también que nuestros enemigos no pueden llegar hasta nosotros, sin perder mucha gente, por el mucho calor y por la falta de aguas. Permaneced, pues, cerca de estas aguas, y en un punto donde no os falten los víveres. Es verdad que los sarracenos, llenos de orgullo por la toma de la ciudad, no irán á derecha ni á izquierda, pero atravesarán el desierto país que nos separa, para venir directamente hacia nosotros y provocarnos al combate. Entonces nuestro pueblo, sin estar falto de cosa alguna, teniendo agua y víveres en abundancia, saldrá de sus atrincheramientos con alegría, y se precipitará sobre un enemigo á quien la sed y el hambre habrán medio vencido; entonces nosotros y nuestros caballos estaremos dispuestos y ágiles, y protegidos por la vivificante cruz, combatiremos con ventaja, á esta incrédula nación que será aniquilada por la fatiga, sin tener refugio alguno. Los enemigos de Jesucristo sucumbirán así en sus imprudentes agresiones, y antes que puedan ganar el Jordán ó el mar de Tiberiada, perecerán todos, yo os lo juro, por la sed ó por la espada, ó caerán vivos en nuestras manos. En cuanto á nosotros, si nos acontece alguna desgracia, si nos vemos obligados á huir (que Dios aparte de nosotros esta deshonra), no nos quedaremos sin socorro ni sin asilo. Por todas estas razones soy de parecer que dejéis perder á Tiberiada, á fin de que no se pierda el reino.»

Los escritores árabes que hablan de esta discusión de los jefes del ejército cristiano, reproducen exactamente el sentido y el espíritu del discurso pronunciado por Raimundo. En la Historia oriental llamada los *dos jardines* vemos que Saladino, por su parte había hecho reunir

en consejo de los emires, en el que se había convenido en llegar á las manos con el ejército cristiano. El sultán era de este parecer, por la razón de que los cristianos tenían poca cosa que ganar en una victoria y debían perderlo todo en una derrota. El conde de Trípoli había penetrado hábilmente el plan de campaña de Saladino y propuso el medio más propio y conveniente para desbaratar los planes del enemigo; sin embargo encontró oposición. El gran Maestre de los templarios veía aún la *piel del lobo* en el discurso de Raimundo. Reinaldo de Chatillón le echaba en cara que él exageraba el número de musulmanes. «¿Qué nos importa el número de nuestros enemigos? añadió él. ¿No es sabido que la cantidad de madera no daña al fuego?» A pesar de esta opinión dictada por el conde, los jefes reconocieron que el conde de Trípoli había dicho la verdad. El rey Guido decidió que no se abandonaría á Sephourí, pero cuando este príncipe se quedó solo en la tienda, el gran Maestre del Temple vino á ella y le dijo: «No sigáis el consejo de un traidor: vos, hace poco tiempo que sois rey y tenéis un gran ejército. ¿Qué vergüenza no sería para vos, si empezaseis á reinar dejando perder una ciudad cristiana? Por lo que hace á nosotros los templarios, sabed que venderemos todo cuanto tenemos, antes que sufrir el oprobio por que se quiere hacer pasar el pueblo de Jesucristo. Señor, haced publicar por todo el campo que todos estén preparados para partir y que la verdadera cruz preceda al ejército.» El débil Guido de Lusiñán no pudo resistir á las palabras del gran Maestre; y habiendo ya dado varias órdenes opuestas, dió la de marchar contra el enemigo. Por la primera vez el rey de Jerusalén se hizo obedecer, y esto fué para la ruina de los cristianos.

El ejército salió de su campamento de Sephourí al amanecer del día 3 de julio. El conde de Trípoli marchaba á la cabeza de sus tropas; á derecha é izquierda del ejército se encontraban muchos cuerpos mandados por los barones y por los señores de la Tierra Santa; veíase en el centro la verdadera cruz, confiada á la guardia de una tropa escogida, y el rey de Jerusalén rodeado de sus valientes caballeros; los hermanos del Temple y del Hospital, formaban la retaguardia del ejército. Los cristianos dirigiéndose directamente á Tiberiada, llegaron á un pueblo llamado *Marescalcia*, situado á tres millas de la ciudad. Allí encontraron á los sarracenos y empezaron á sufrir sed y calor. Como era preciso flanquear los estrechos desfiladeros y los puntos cubiertos de rocas para llegar al mar de Galilea, el conde de Trípoli hizo decir al rey que se apresurase á atravesar el pueblo sin detenerse á fin de poder ganar las orillas del lago. Lusiñán respondió que él seguiría al conde. Sin em-

bargo, los turcos cargaron de repente sobre la retaguardia del ejército con tales términos que los templarios y los hospitalarios fueron destrozados. Entonces el rey no atreviéndose á avanzar más dió orden de colocar las tiendas, gritando al mismo tiempo: ¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¡todo se acabó para nosotros, y el reino está perdido! Se le obedeció desesperadamente. ¡Qué noche iba á pasar el ejército en este lugar! Los hijos de Esaú (los turcos) se arrojaron sobre el pueblo de Dios, y pegaron fuego al campamento cubierto de matorrales y hierbas secas; los cristianos estuvieron atormentados toda la noche por la llama y el humo, por una nube de flechas, por el hambre y la sed. Al día siguiente al rayar el día, el sultán salió de Tiberiada y vino á trabar el combate con el ejército cristiano. Los batallones de la cruz se apresuraban á atravesar los desfiladeros y las escarpadas alturas que separaban del mar de Galilea, porque decían ellos: encontraremos agua y podremos servirnos de nuestras espadas. Ya la vanguardia del conde se dirige hacia una colina que los turcos habían empezado á ocupar, conforme consta en la *Correspondencia de Oriente*. Cuando todos los cuerpos fueron colocados en batalla y dispuestos á marchar, se esperaba que la infantería alejaría al enemigo, arrojándole flechas. Así lo exigían el orden y la disciplina; la gente de á pie debía defender á los caballeros contra los arqueros enemigos, y los caballeros debían proteger con sus lanzas á la infantería; esta regla de salvación no fué observada. A la aproximación de los sarracenos la infantería se formó en un ángulo, corriendo para alcanzar la cúspide de la colina, abandonando el resto del ejército. El rey, los obispos y los principales jefes, viendo que la infantería se alejaba les enviaron órdenes para que regresasen á defender la verdadera cruz y el estandarte de Jesús. «No podemos ir, contestaron ellos, porque estamos muertos de sed y no tenemos fuerzas para combatir.» Se les envió un nuevo mensaje y rehusaron volver porque realmente no podían. Los hermanos del Temple y del Hospital y todos los de la retaguardia se batían vigorosamente sin poder alcanzar la menor ventaja sobre sus enemigos, cuyo número se aumentaba de hora en hora sembrando por todas partes la muerte con sus flechas. Abrumados con el gran número de sarracenos, llamaron al rey en su socorro diciendo que no podían sostener por más tiempo el peso de combate. Pero el rey, viendo que la gente de á pie no quería reunirse y que hasta él mismo estaba sin defensa contra los arqueros turcos, abandonóse á la gracia de Dios, haciendo colocar las tiendas otra vez para contener, si era posible, las impetuosas cargas del enemigo. Los batallones abandonaron sus puestos y se agruparon al rede-

dor de la verdadera cruz, confundidos y mezclados unos con otros. Cuando el conde de Trípoli vió que el rey, los templarios, los hospitalarios y todo el ejército cristiano no presentaban más que una confusa multitud; cuando reconoció que una nube de bárbaros, acudía de todas partes y que se hallaba separado de los otros cuerpos de ejército, se abrió paso por enmedio de las filas enemigas y se retiró con su vanguardia. A cada momento llegaban millares de sarracenos que diezmaban á los cristianos con sus flechas. El obispo de Accon, que llevaba la cruz del Salvador recibió una herida mortal y transmitió el sagrado leño al obispo de Sidá. Entonces la infantería, que había huído hacia la colina, vió avanzar contra ellas los sarracenos y fueron todos muertos ó hechos prisioneros. Baleán de Neplusa y los que pudieron escapar de la muerte pasaron para huir un puente de cadáveres. Todo el ejército turco acudió al lugar en donde estaba la verdadera cruz y el rey de Jerusalén. Es más fácil explicar con lamentos y lágrimas que no referir detalladamente lo que ocurrió al final de esta jornada. La verdadera cruz fué tomada y hechos prisioneros el obispo de Sidá y todos cuantos la defendían; el rey, su hermano, el marqués de Monferrato, cayeron en poder del enemigo; todos los templarios y hospitalarios fueron hechos prisioneros ó muertos. Así Dios humilló á su pueblo y derramó sobre él hasta las heces su copa de cólera.

Lo que acaba de leerse es una sucinta relación de un peregrino, Raul Congeshale, que asistió á esta batalla y fué testigo de las últimas desgracias del pueblo cristiano. Todas las circunstancias de esta relación se encuentran repetidas en todas las historias árabes, lo que prueba que es exacta y conforme á la verdad. Ibu-Alátir y Emmad-Eddin dicen también que la cruz del Salvador fué tomada antes de ser hecho prisionero el rey y que los últimos combates de esta terrible jornada tuvieron lugar sobre la montaña ó colina de Hitin. La colina de Hitin ó la montaña de las Beatitudes es la misma en que Jesús venía á menudo con sus discípulos y sobre la cual el Redentor pronunció estas divinas palabras: *Beati pauperes... Beati qui esuriunt*. De este modo la cruz de nuestra salvación fué perdida en el mismo lugar en el que el Redentor se complacía en frecuentar y sobre la misma colina que eligió sus apóstoles. El historiador árabe Emmad-Eddin refiere de la manera que el rey fué hecho prisionero, repitiendo lo que oyó contar al hijo de Saladino.

«Yo estaba al lado de mi padre, dijo el joven príncipe. Cuando el rey de los francos se retiró sobre la colina, los valientes que formaban su escolta cayeron sobre nosotros y rechazaron á los musulmanes hasta